

Cambio de régimen

Desde su independencia, México vivió disputando su forma de gobierno. Edmundo O’Gorman describe con enorme vehemencia los debates, disputas y desencuentros que hubo respecto a si el país debía ser republicano o monárquico, centralista o federalista, conservador o liberal. En años más recientes la discusión se ha dado en torno a si el sistema político debiera ser presidencialista o parlamentario y se plantea esa discusión en términos de un “cambio de régimen”. En realidad, la forma en que se organiza un gobierno no constituye la esencia del régimen sino, más bien, ésta es una manifestación del mismo en la operación política cotidiana. Desde esta perspectiva, la discusión relevante no debiera concentrarse en la forma del gobierno sino en su esencia.

El régimen que vivimos opera a través de una estructura formal de tres poderes separados inspirada en el sistema norteamericano y, en su origen, en la concepción de Montesquieu. Sin embargo, su esencia se remite al poder unipersonal que representa el presidente. Por varias décadas a lo largo del siglo XX, el régimen revolucionario funcionó acorde a su diseño, garantizando la estabilidad política y creando condiciones para el crecimiento de la economía. La centralización del poder permitía dirimir conflictos y, en ausencia de otros medios efectivos de resolución de disputas, coadyuvó al desarrollo del país.

Cuando las premisas económicas y políticas empezaron a fallar, sobre todo entre 1965 y 1968, el sistema comenzó su declive, mismo que no ha concluido. Los gobiernos que emergieron de aquella época -desde Echeverría hasta Peña- enfrentaron retos derivados

El régimen que vivimos opera a través de una estructura formal de tres poderes separados inspirada en el sistema norteamericano y, en su origen, en la concepción de Montesquieu. Sin embargo, su esencia se remite al régimen que emergió de la Revolución Mexicana y cuya característica nodal radica en el poder unipersonal que representa el presidente. Por varias décadas a lo largo del Siglo XX, el régimen revolucionario funcionó acorde a su diseño, garantizando la estabilidad política y creando condiciones para el crecimiento de la economía. La centralización del poder permitía dirimir conflictos y, en ausencia de otros medios efectivos de resolución de disputas, coadyuvó al desarrollo del país.

de la creciente diversidad de la sociedad, la aparición del crimen organizado y la extraordinaria complejidad del mundo económico en la era global, para los cuales el anquilosado sistema político no estaba preparado ni contaba con los medios o la flexibilidad para adaptarse. El viejo régimen, de los veinte, fue concebido para enfrentar el caos que había dejado el fin de la revolución y respondió al momento y circunstancias en que fue organizado. Su vigencia y viabilidad fue extraordinaria, pero por un periodo limitado.

Por varias décadas, el régimen permitió lograr tasas de crecimiento económico cercanas al 7% anual en promedio, con una inflación de alrededor del 2%. Se trató de una época excepcional en que la combinación de un férreo control político con un equilibrio en la balanza de pagos del país logró una prosperidad inusitada y sostenida entre los cuarenta y los sesenta. El sistema político que existía favoreció dichos logros pero, al no adaptar-

se a los tiempos cambiantes, acabó siendo disfuncional. Sin embargo, el hecho de que sea disfuncional, se caracterice por enormes deficiencias y no tenga capacidad para lidiar con los desafíos cotidianos y estructurales -desde la inseguridad hasta el dispendio- no le ha impedido garantizar su permanencia frente a viento y marea, incluyendo la transición política de 2000 hacia dos gobiernos de otro partido. El sistema político -el régimen revolucionario- ha permanecido intocado.

La diferencia entre los años exitosos del viejo régimen y el momento actual radica en la legitimidad del sistema. Lo que antes era un régimen hegemónico que gozaba no sólo de amplio apoyo sino incluso de gran prestigio, pasó a ser un sistema desacreditado e ilegítimo. La legitimidad se perdió porque el sistema dejó de ser funcional: a pesar de la mejoría económica, creó vastas diferencias sociales y ha sido incapaz de lidiar con la violencia y la inseguridad.

Las circunstancias del siglo XXI son radicalmente distintas a las que dieron origen al movimiento encabezado por Plutarco Elías Calles en 1929. La tesitura hoy ha sido planteada de manera nítida: regresamos de lleno al viejo sistema como propone Andrés Manuel López Obrador o construimos un nuevo régimen político, rompiendo, de una vez por todas, con el viejo orden.

El viejo régimen se sustenta en facultades metaconstitucionales para la presidencia, un sistema de infinitas lealtades cruzadas, discrecionalidad en el ejercicio del poder público, arbitrariedad en la toma de decisiones y corrupción como medio para el apaciguamiento de las clientelas que lo integran, todo ello envuelto en un mundo de impunidad. O sea, un sistema que le confiere facultades absolutas al presidente y que, aunque distorsionado en el tiempo, permite decisiones unipersonales sin contrapesos. Ese es el régimen al que promete regresar nos el candidato de Morena.

Lo que México necesita es un nuevo régimen fundamentado en pesos y contrapesos efectivos, equilibrios constitucionales debidamente arraigados, transparencia plena, amplios derechos y protecciones para la ciudadanía, todo ello envuelto en un régimen de legalidad y de un Estado de derecho integral. O sea, un régimen radicalmente distinto que parte del principio de que el gobierno está para servir al ciudadano y generar condiciones para el desarrollo del país.

Dos proyectos contrastantes que deben ser asumidos con claridad por los candidatos, definiendo su postura a cabalidad: por o contra la ciudadanía, sin miramientos ni excepciones.

@Irubiof

Jesús Cantú

Jorge Zepeda Patterson

Renuncia de Margarita sin repercusiones electorales

Para tener posibilidades reales de ganar una elección desde una candidatura independiente se requieren, al menos, tres elementos indispensables (pero ninguno suficiente por sí mismo): tener una imagen bien posicionada en la circunscripción que se busca representar o gobernar; tener un mínimo de estructura operativa que le permita acercarse presencialmente a los electores; y, desde luego, una reserva económica que permita realizar una campaña en todo el territorio objetivo.

Por supuesto, que estos elementos tampoco garantizan el triunfo por sí mismos, pues normalmente tienen que concurrir con otros dos factores externos, al candidato mismo, que tienen que concurrir: un mal gobierno en curso, pues normalmente la opción de un candidato no partidista se fortalece por el hartazgo ciudadano; y la ausencia de opciones confiables desde los partidos políticos, sea por los candidatos en sí mismos o porque ya todos los institutos políticos hayan hecho un mal gobierno en su momento.

Antes de tomar la decisión de participar en una contienda electoral como candidato independiente es posible evaluar todos estos elementos; y, por supuesto, el éxito del proyecto ya depende de otros factores, menos previsibles, como es la eficacia o no de las estrategias de todos los candidatos; los aciertos y errores que se cometan a lo largo de las campañas; y, eventualmente, de eventos que irrumpen a lo largo del proceso y alteren el curso normal del mismo, en el que caben una larga lista de cuestiones, que pueden ser desde catástrofes naturales, epidemias (como ocurrió con la influenza en el 2009) y un largo etcétera.

En el presente proceso electoral fue evidente, desde el momento de la recolección de firmas, que la única aspirante a la candidatura presidencial que cumplía de alguna manera con los elementos señalados en el primer párrafo era Margarita Zavala, pues era relativamente conocida en todo el territorio nacional por haber sido la esposa del ex presidente Felipe Calderón, pero además porque con toda anticipación realizó una gira por toda la república cobijada por una asociación civil, creada ex profesamente para ello, lo cual al mismo tiempo le permitió crear -aunque haya sido de manera incipiente- la estructura operativa.

Sin embargo, todo indica que el último elemento no fue calculado certeramente, pues aunque eventualmente había potenciales donantes que le habían comprometido recursos, no los habían recaudado y eso la volvió vulnerable, pues con el paso del tiempo, algunos de los que habían ofrecido su apoyo fueron los primeros que incumplieron su compromiso e impactaron severamente al proyecto de Margarita.

Aquí vale la pena hacer una reflexión, pues una de los grandes cuestionamientos hacia las candidaturas no partidistas, es precisamente el problema del financiamiento de las mismas y los compromisos

que se generan entre el donante y aspirante. En este caso, los compromisos de los donantes se basaban fundamentalmente en la premisa de que la candidatura de Margarita minaba las posibilidades de triunfo de Andrés Manuel López Obrador.

Conforme avanzó el proceso electoral, las condiciones previas empezaron a cambiar. En primera instancia, ella fue la única que obtuvo limpiamente (me refiero a que se verificó que cumplió con el número de firmas requerido); posteriormente, fue evidente que la candidatura de Zavala no tenía ninguna posibilidad real de ganar, pues su techo era muy bajo; y, por si eso fuera poco, para desincentivar a sus donantes potenciales, empezó a evidenciarse que aunque fuera un porcentaje bajo de votos, sí les restaba a las otras tres candidaturas y a sus donantes les empezó a preocupar que les quitaba a Ricardo Anaya, de la coalición Por México al Frente, y a José Antonio Meade, de la coalición Todos por México.

En estas circunstancias se evidenció con meridiana claridad algo que es muy conocido (pero muchos analistas y ciudadanos no lo quieren aceptar): los grandes donantes no tienen principios, sino intereses; apoyan a aquel candidato que les ayuda de alguna manera para incrementar su capital. El dinero que ellos donan no lo ven como un gasto, sino como una inversión, que por ende le debe reportar alguna ganancia con el paso del tiempo.

En este caso, los donantes invertían su recurso en Margarita bajo dos premisas: una, ella ganaba la elección y una vez en el poder les permitía incrementar sus negocios con el gobierno o les ensanchaba los espacios para que ellos incrementaran sus ganancias; y dos, si ella no ganaba, pero su participación sí era un obstáculo real para el triunfo del candidato que no quieren que gane.

En el contexto actual, los donantes empezaron a percatarse que ninguna de las dos premisas estaba vigente y, por lo tanto, simplemente se retractaron de sus compromisos previos y ya no le entregaron los donativos comprometidos. Quizá como ha dicho Margarita, no la presionaron para que renunciara, simplemente dejaron de financiarla y la ahogaron.

Sin embargo, de acuerdo a las encuestas serias que preguntan por segunda opción de voto, en caso de que su primera opción no esté en la boleta; y las que han medido el nuevo escenario, después de la renuncia de Margarita, su decisión no impactó mayormente la distribución de preferencias electorales, principalmente por dos razones: una, el muy bajo porcentaje de intención de voto que tenía; y dos, porque los votantes que quedaron libres se distribuyen en porcentajes muy similares entre los candidatos restantes.

El único impacto real de la renuncia de Margarita Zavala a su candidatura independiente es en las finanzas de la familia Calderón-Zavala, pues las preferencias electorales para los candidatos restantes permanecen sin cambios.

Se busca nombre para el partido de Felipe y Margarita

Todos desprecian al Niño Verde, pero en el fondo todos lo envidian. Un parásito de la política con todos los privilegios y ninguna de las responsabilidades. Goza de influencia, poder y riqueza inagotables sin mayor esfuerzo y en total impunidad; perenne senador o diputado, siempre ausente pero con fuero asegurado. En los períodos electorales lo cortejan como si fuese la última CocaCola del desierto y en votaciones apretadas vende el voto de sus diputados a cambio de privilegios inconfesables.

Y es que tener un partido de 3 ó 4 por ciento del voto es el mejor de los negocios en este país. Para no ir más lejos, en las elecciones del Estado de México el año pasado el PRI perdió ante Morena, pero terminó siendo gobernador su candidato, Alfredo del Mazo, gracias al voto que sumaron el PVEM y el PANAL. ¿Cuánto creen que vale una gubernatura de ese tamaño?

Expulsados de la contienda por la presidencia, Margarita Zavala y Felipe Calderón saben que no volverán a Los Pinos, pero quizá todavía hay algo mejor que eso: obtener una licencia a perpetuidad encabezando la formación de una nueva versión de partido verde. Eso les aseguraría un financiamiento continuo de recursos públicos y, más importante, una gestión poderosa y decisiva vendiendo caro su amor en momentos de definición electoral o legislativa. Justo de esa manera, el PVEM ha logrado obtener una gubernatura, presidencias municipales y jugosas posiciones a repartir entre los suyos gracias al esquema de representación proporcional negociado con aliados más poderosos.

Margarita Zavala se baja de la contienda cuando aún conserva un poco de capital político. En las últimas encuestas se atisbaba ya una terrible realidad: el Bronco había comenzado a rebasarla y, todo indica, amenazaba con dejarla en un vergonzante último lugar el 1 de julio. Aunque en pleno declive, se retira con una intención de voto en torno a 3 o 4 por ciento, nada despreciable para José Antonio Meade o Ricardo Anaya, desesperados por descontar la distancia abismal que les saca Andrés Manuel López Obrador.

Ciertamente los simpatizantes de Zavala no migrarán automáticamente a donde ella diga, pero dentro del millón o millón y medio que se supone votaría por ella hay varios cientos de miles que atenderían un llamado de este grupo político a favor de un presunto “voto útil” (hay reportes que confirman que en barrios populares se intenta comprar un voto por 2500 pesos. Haga usted las cuentas de lo que valdría un millón de votos).

¿Pero a quién apoyarían los Calderón? Esa es justamente la carta de negociación que tiene el matrimonio para sentar el terreno para la formación de su nuevo partido. Por afinidad ideológica y política Zavala tendría que optar por apoyar a Ricar-

Y es que tener un partido de 3 ó 4 por ciento del voto es el mejor de los negocios en este país. Para no ir más lejos, en las elecciones del Estado de México el año pasado el PRI perdió ante Morena, pero terminó siendo gobernador su candidato, Alfredo del Mazo, gracias al voto que sumaron el PVEM y el PANAL.

do Anaya, pero por razones de interés le conviene más inclinarse a favor de Meade. ¿Por qué? Primero, porque después de la elección, Peña Nieto todavía gobernará durante cinco meses; un lapso importante para que el presidente ayude a la nueva organización a sentar las bases territoriales para cumplir los duros requisitos que exige la fundación de un nuevo partido.

Segundo, porque muchos de los que forman parte de la campaña de Meade, incluyéndolo a él mismo, serían miembros potenciales de ese partido. Varios ex gobernadores panistas están resentidos con la manera en que Anaya se quedó con el PAN y los desplazó de posiciones estratégicas. Si bien es cierto que algunos de ellos no apoyaron a Margarita durante la campaña, no lo hicieron porque sin partido no había nada que ganar. Pero ellos, y muchos líderes regionales ignorados, estarían encantados de formar parte de una nueva organización que les asegure senadurías y presidencias municipales importantes. Justamente por eso es que a los Calderón les convendría un mal desempeño de Anaya el 1 de julio: muy próximamente competirán por la misma clientela.

Y, desde luego, está la parte “fresa” del PRI. Esa que ante la derrota estrepitosa que se avecina para el tricolor, no tendrá acomodo frente a la reacción de los duros que vendrán con todo a recuperar el partido tomado ahora a medias por los Meade, los Aurelio Nuño y los Videgaray. Muchos de ellos, muchos como ellos, preferirán ser cabeza de ratón en una nueva fuerza política que cola de león en una atiborrada y en picada organización.

Esta es mi hipótesis sobre la estrategia que estaría jugando la ex candidata independiente en las próximas semanas. Mientras tanto se aceptan sugerencias para el nombre del nuevo partido de Calderón y Margarita: ¿CALMA? ¿MARCA? O quizá algo menos personalista, ¿COINCIDIR? (la canción favorita de ella) o, de plano, HASICO, apócope de Haiga sido como haiga sido. ¿Usted cuál propone?

@jorgezpedap. www.jorgezpeda.net